

La guerra contra los árabes tuvo el carácter de una cruzada político-religiosa. Esa unificación del sentimiento nacionalista y el sentimiento católico, fué una de las causas de la decadencia de las ciencias y la filosofía en los siglos siguientes. La inquisición, introducida desde el siglo XIII y definitivamente organizada en 1478, llegó á ser considerada por los Reyes Católicos como un instrumento útil para conseguir la unidad política y religiosa de la nación. Todos los libros pasaron por los Indices Expurgatorios; en consecuencia, los más altos ingenios peninsulares evitaron las ciencias y la filosofía, sospechadas de heréticas, para entregarse de lleno á la actividad literaria que veremos culminar tan alta en el llamado siglo de oro. Justo es señalar que la Inquisición merecía el favor que obtuvo en aquel ambiente humeante de guerra y de patriotismo, en cuanto representaba el ideal nacionalista, la «España para los españoles»; quiso la fatalidad que ese ideal fuera á rematar en Carlos primero («quinto» de Alemania) y en la trágica dinastía extranjera de los Habsburgos.

Los comienzos del siglo XIII, tan auspiciosos para el advenimiento de la naciente lengua castellana (1), permiten advertir que la cultura

(1) Son de este tiempo la famosa «Disputación entre

árabigo-toledana pasaba directamente á Europa, saltando por sobre España; del rico filón trabajado en la Escuela de Traductores no caía un grano de metal en la cultura castellana. Sólo se observa alguna influencia en la manera literaria; la obra «Flores de Filosofía», que á mediados del siglo mandó componer Fernando III, está hecha á la manera del apólogo oriental; es una recopilación de sentencias morales y máximas de los filósofos, que remata en Séneca. Conviene señalar que en este reinado (1230-1254), se consolida la unión de Castilla y de León.

Castilla forjó, en ese entonces, para España el instrumento esencial de la nacionalidad: el idioma. Nace éste popularmente, en el siglo XII, contra el latín bajo de los doctores eclesiásticos. La literatura erudita va siendo desalojada por la

el cuerpo y el alma», las poesías místicas de Gonzalo de Berceo y el místico-heroico «Poema de Alexandre», en que Juan Lorenzo Segura de Astorga mezcló todo lo que podía saber un clérigo ilustrado en esos tiempos; obras, las tres, de inestimable significación en la historia de la literatura castellana. En 1241 el rey Fernando III publicó el «Fuero Juzgo», traduciendo al castellano las leyes visigodas, monumento literario y jurídico; el mismo rey mandó componer el «Libro de los Doce Sabios», catecismo para uso de príncipes, que inicia en castellano el género didáctico.

vulgar, que del romance evoluciona hacia el castellano. Mientras los doctores siguen hablando y escribiendo en mal latín, los escritores profanos y el bajo clero en contacto con el pueblo, comienzan á escribir en español, hasta que los reyes lo adoptan para sus crónicas y sus leyes. El contenido de la poesía vulgar es místico heroico, como toda la vida castellana durante la lucha con los moros; la iglesia docta siguió esforzándose por mantener su latín, que al fin se vió relegado á las Universidades y restringido á la teología. En vano en el siglo xvi, bajo la teocracia de los Reyes Católicos, se intentó restaurar el latín en la corte; el idioma popular consagrado ya por momentos literarios, históricos y jurídicos, siguió monopolizando toda la producción literaria y llegó á tener su auge en el mundo, cuando en los dominios de su rey «no se ponía el sol.»

Fué un acontecimiento extraordinario en la historia de la cultura castellana el reinado de Alfonso X (1254-1284), llamado con verdad «el Sabio». Era doctísimo y su reputación se extendía por Europa. Trasplantó á Toledo las famosas academias judías de Córdoba del siglo x. Mandó traducir la Biblia al castellano y adoptó esta lengua para todos los procedimientos oficiales. Dió importancia al elemento oriental y á su cul-

tura; hizo traducir algunos trabajos científicos, principalmente astronómicos y alquímicos. Fomentó la literatura didáctica. Además de las famosas «Tablas Alfonsinas» y de varias recopilaciones, fué obra de este rey la asombrosa compilación jurídica comúnmente llamada «Las Siete Partidas»; este libro de las leyes es una Suma del derecho de su tiempo, en que se funden las fuentes extranjeras con las españolas. Cuanto elogio se haga de este reinado, en las historias literarias, es merecido.

Pero hay un hecho que no suele señalarse: la calidad de la cultura. El tiempo de Alfonso el Sabio parécenos caracterizar, virtualmente, todo el porvenir de la España castellana y católica; aparte de los géneros propiamente literarios, florecen el Derecho, la Historia y la Erudición (las llamadas «ciencias de papel»), sin un equitativo complemento de las disciplinas propiamente científicas (las llamadas «ciencias de la naturaleza»), que son el indispensable fundamento de toda fecunda reflexión filosófica.

Mientras en Aragón y Cataluña se renueva vigorosamente el escolasticismo, adquiriendo personalidad y prestigios mundiales con Raimundo Lulio y su escuela, en Castilla no puede citarse un nombre ilustre ó una escuela autóctona que haya pasado á la historia de la filosofía.

Y tiempo era ya en toda Europa (1).

Moralistas, ya que no filósofos, hubo varios por ese tiempo en Castilla. El mismo rey Don Sancho IV, el Bravo (1284-1295), es tenido por autor del «Lucidario», libro en que se intenta concordar las ciencias divinas y las humanas; una gran cultura filosófico-moral es aplicada a explicar todas las cosas, por teología ó por natura. Mucha influencia oriental revela este libro científico-religioso, como también el «Libro de los Castigos» en que la moral es puesta al servicio de la política, pues lo escribió para la educación de su hijo Don Fernando. Siguió igual orientación Pedro Gómez Barroso, autor del «Libro de los Conseios e de los Conseiros», destinado á la educación de príncipes y semejante al de los castigos; su autor fué obispo de Cartagena en 1320 y luego cardenal (2).

(1) En el anterior siglo XII habían florecido á dos pasos de Castilla los admirables Averroes y Maimónides, mientras nacía en Europa la Escolástica con Erigeno, Champeaux, Anselmo, Roscolin y Abelardo. Y en el siglo de Alfonso el Sabio aparecen en Europa Tomás de Aquino, Rogerio Bacon, Buenaventura, Alberto Magno, Duns Scoto y Occam. La escolástica castellana sólo adquirió gran importancia cuando el renacimiento humanista la expulsó de Europa; resucitó en España con el formidable Suárez.

(2) A fines del XIII se escribió la «Crónica de las Fa-

El sobrino de Alfonso el Sabio, y señor de Peñafiel, Don Juan Manuel (1282-1348), cuenta entre los más considerables moralistas castellanos. Prosista, poeta, historiador, poseía una cultura enciclopédica y participó activamente de la política. Con un sentido hondamente español y cristiano escribió 14 (?) tratados de índole histórica y didáctica. El más importante es su famoso «El Conde de Lucanor» ó «El Libro de Patronio», de sensible influencia oriental y de altísimo valor literario, no obstante su irregular composición. Consta de 51 «enxiemplos», en forma de cuentos, anécdotas ó apólogos, terminados por moralejas. Nótase también en ellos alguna influencia de Séneca (1).

zañas de los Filósofos», colección de 120 biografías de grandes hombres de la antigüedad, que aparecen como nigromantes ó encantadores, á la manera que los paladines en los libros de caballería. Este aspecto es lo único original, pues la parte biográfica fué una traducción ó arreglo, cuyo texto primitivo se conoce.

(1) Esta tendencia moral obsérvase en otros libros de éste y el siguiente siglo. El «Libro de exemplos», de Clemente Sánchez de Vercial, más preceptista que el anterior, consta de 395 ejemplos; el «Libro de los gatos» se compone de 58 y es menos interesante. Posteriormente, en tiempos de Pedro I, el Cruel, fray Jacobo de Benavente escribió un tratado de moral cristiana titulado «Viridario ó Vergel de Consolación»; fray Juan

El turbulento reinado de Enrique IV señábase por la presencia de un ingenio que en otro ambiente cultural hubiera podido honrar á la filosofía. En 1474, Jorge Manrique (1440-1479) escribió sus famosas coplas, llenas de un misticismo ascético y sereno; se advierte en ellas una melancólica elevación moral y son un modelo acabado de poesía filosófica. Ellas solas valen más que los centenares de volúmenes morales publicados en Castilla después de Don Juan Manuel.

García, á instancia de Bernabé, obispo de Osmá, arregló con el título «Regimiento de los Príncipes» una obra italiana de Egidio Colonna; el rabí don Sem Tob, de Carrión, cultivó la poesía didáctico-moral y tienen gran valor literario sus máximas en verso tituladas «Proverbios morales ó Consejos et documentos al rey don Pedro»; fué arreglada del francés la «Danza de la muerte», sátira moral muy leída é imitada. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos y favorito de Juan II de Castilla (1406-1454), que era tenido en consideración de mecenas, fué traductor asiduo y cronista; este virtuoso varón, que intervino lucidamente en el Concilio de Basilea y llegó á tener discípulos, escribió dos ensayos morales, «Memorial de Virtudes» y «Libro de las mujeres ilustres», muy leído este último y en abierta antitesis con «El Corbacho» del notorio cronista Alfonso Martínez de Toledo, imitado del catalán Eximenis y no de Boccaccio, como podría sugerir su título.

Alfonso de la Torre, de no escasa erudición y claro

Los escritores religiosos, suprimido el estímulo que antes los impulsara á cultivar la apologética y á polemizar con los herejes, entregáronse de lleno á escribir crónicas civiles y eclesiásticas. El fervor de disputas que encendió la escolástica

ingenio, compuso una recopilación enciclopédica y dantesca, poco original, la «Visión deletable de la filosofía é de las otras sciencias». Fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, compuso varios libros morales por orden del rey. El famosamente fecundo Alfonso de Madrigal, obispo de Avila, produjo en este género su curioso «Libro de las Paradoxas». Se menciona un original «Diálogo é razonamiento» de Pedro Díaz de Toledo. El afamado historiador y polígrafo Fernán Pérez de Guzmán recopiló sentencias morales en su «Floresta de Philosophos», sin ninguna originalidad. Enrique de Aragón ó de Villena (1384-1434), espíritu inquieto y curioso, contó varios ensayos morales y mágicos entre su vasta y abigarrada producción; no sorprende que después de muerto se mandaran quemar las más de sus obras, por atribuírsele pactos con el diablo. El «Libro de Vida Beata» fué adaptado del italiano por Juan de Lucena. Reunió 6.000 «Refranes, o proverbios en romance», el polígrafo y moralista Hernán Núñez de Toledo. El hijo de Juan II, príncipe Carlos de Viana, tradujo al romance vulgar la Etica de Aristóteles, arreglando su composición y uniéndole comentarios, etcétera, etc. Los más de ellos, muchísimos de mayor insignificancia filosófica, son traductores ó recopiladores, rara vez de primera mano. Estuvieron de moda los libros de ese género.

ca en Europa, no tuvo en Castilla un solo maestro original.

Reflejo de las doctrinas europeas son los escritos teológicos del cardenal Juan de Torquemada, de Valladolid, cuyas obras cuentan en la historia eclesiástica; concurrió al concilio de Basilea, en 1437, y actuó en él eficazmente, influyendo para la condenación de Wickleff y Juan Huss. Acompañábale el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, cronista, moralista, traductor fecundo y teólogo de consideración. También doctos en teología mostráronse Alonso de San Cristóbal, Antonio Andrés, Alfonso Tostado y algunos otros escolásticos. Al apagarse la Patrología y las Herejías, la Escolástica no encuentra en la España castellana un nombre comparable al de Isidoro de Sevilla ó Prisciliano.

La causa de este hecho es sencilla. Durante los primeros reinados castellanos se continúa el isidorismo, que tiene el doble sabor español y católico, tan conforme al estado de alma político y religioso. Restaurar á Isidoro en lo espiritual, equivalía á expulsar á los moros en lo temporal. Después del siglo XIII, en que se fundan las universidades de Valencia, Salamanca y Valladolid, la cultura teológica refleja la primera escolástica europea, la de Champeaux, Anselmo, Abelardo y Roscelin, en el preciso momento en

que Europa comenzaba á renovarla con Rogerio Bacon, Tomás de Aquino y Alberto Magno, creando la segunda escolástica. Esas universidades castellanas, durante tres siglos, estuvieron contraídas á la famosa disputa de los universales. Algunos eran nominalistas, siguiendo á Roscelin, y no acordaban valor alguno á las ideas generales, mirándolas como simples «flatus vocis»; otros eran realistas, siguiendo á Champeaux y Anselmo, y juzgaban que lo único real eran los universales ó conceptos generales. No tienen especial importancia los nombres de los que adhirieron á una ú otra tendencia, siendo simplemente de advertir que en la primera escolástica se llamaron «realistas» los que en todo otro tiempo fueron lo contrario del Realismo filosófico, y viceversa. Sabido es, también, que en el fondo de esta disputa estaba en juego el dogma de la Trinidad y que fué un teólogo laico—Abelardo—quien inventó el correspondiente eclec-ticismo para evitar el problema sin resolverlo, con su también famoso conceptualismo que tuvo algunos secuaces en las universidades castellanas. El tomismo fué entrando á ellas con algún retardo. Hubo algunos lulianos y antilulianos. Poco dieron que hacer los teólogos herejes. Si alguno, como Pedro de Osma, de Salamanca, en el siglo XV se permitía enunciar ideas un poco

originales dentro del dogmatismo convencional, era bien pronto llamado al orden; sus escritos, de noble inspiración moral y precursores del libre examen que proclamó la Reforma, hicieron sospechosos y el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, convocó á los más sabios teólogos de su diócesis para resolver: sus proposiciones fueron condenadas por heréticas y escandalosas.

La lucha contra el averroísmo fué menos apasionada que entre los lulianos de Aragón, contando con que para impedir su florecimiento había otra arma de mayor eficacia que los tratados en latín: el Tribunal del Santo Oficio. La Universidad de Salamanca, dotada por Alfonso el Sabio de su biblioteca valiosa, y elevada (1254) por el papa Alejandro VI al mismo rango que las de Bolonia, Oxford y París, llegó á ser, á fines del siglo xv, el mayor centro de la cultura castellana; la de Palencia, fomentada por Alfonso VIII, declinaba ya. Por aquélla pasó parte de la cultura filosófica de los árabes y judíos, camino de Europa. La Salamanca de esa época sólo es hoy conocida, fuera de España (1), por su respuesta á la consulta del genovés Cristóbal Colón; pero es indudable que en su tiempo era fun-

(1) Ver A. Vidal y Díaz: «Memoria histórica de la Universidad de Salamanca», Salamanca, 1869.

dado su prestigio y en ella enseñaron muchos varones doctísimos, aunque ninguno extraordinario.

Mientras los teólogos de Aragón y Cataluña se renovaban, después de Lulio, mezclándose constantemente con los de Europa, viviendo una mitad de su vida en las universidades de Italia y de Francia, los doctores de Castilla, para distraerse de la disputa de los universales, encontraron otra ocupación: cardenales, obispos y clero, todos entraron á actuar en la vida política, grande y pequeña. Los episcopados fueron señoríos feudales; los arzobispos de Toledo no vacilaron en reñir con los reyes, hasta que Felipe II optó por arraigar en Madrid la «Única corte». Entre esos gobernantes sin corona, el famoso cardenal Francisco Ximenez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, emprendió la magna obra de preparar la famosa «Biblioteca Polígota», con la cooperación de traductores meritisimos; sus escritos personales son de escaso valor teológico. Pasó á la historia por su eficacia política y al morir los Reyes Católicos reinó, de hecho, sobre la España castellanizada; desde su balcón en Madrid, á los grandes que le exigían sus títulos, pudo mostrarles el ejército reunido en la plaza pública.

Esa Castilla, que á fines del siglo xv asume la hegemonía de la España unificada, estaba pronta para tener un gran filósofo representativo, el jesuíta Suárez, y una escuela filosófica esencialmente española, la tercera escolástica ó escolástica católica (siglo xvi), último baluarte de la que en Europa acababa de sucumbir ante el humanismo del Renacimiento.

VII.—SIPNÓSIS

Durante la Edad Media florecen en España las tres teologías religiosas que penetran á Europa; sus escolásticas respectivas alcanzan en la península un verdadero desenvolvimiento filosófico.

Durante el período romano, el estoico Séneca y el gnóstico Prisciliano son los personajes más representativos. El primero, eminente moralista, enseñó, en Roma, una doctrina grecolatina; pero su españolidad fué siempre recordada en la península, siendo muy leído é imitado. El segundo, el más insigne herético español de su tiempo, introdujo la influencia oriental. Ellos encarnan las dos corrientes (latina y oriental) que se sumaron con el cristianismo neoplatonizante de la Patrología cristiana. En plena dominación visigoda, Isidoro de Sevilla culmina entre los obis-

pos peninsulares de su tiempo y lega á la teología católica una de las obras más comentadas en los comienzos de la escolástica europea; su escuela continuáse en la España visigoda, persiste en la árabe y reaparece en la castellana, donde empalma con la escolástica cultivada en las universidades durante los siglos xiii á xv.

Con la invasión árabe y el florecimiento judío, dos nuevas teologías monoteístas coexisten con la cristiana; de la interpretación del Corán, el Talmud y el Evangelio, evolucionan las tres hacia la compenetración filosófico-religiosa que caracteriza las escolásticas respectivas.

La cultura árabe, con Averroes, se adelanta á la transformación de la escolástica europea y le transmite un Aristóteles completo é inesperado, con sabios comentarios. Forma escuela fuera de la propia teología árabe, que retrocede á la posición religiosa de Al-Gazel y se extingue como filosofía.

La cultura judía se desarrolla colateralmente á la anterior y tiene en Maimónides su más alto representante; desempeña igual función que el averroismo, del cual difiere en cuanto se relaciona con la propia teología religiosa. No forma escuela dentro ni fuera de la teología hebrea; individualmente es, por todos y en todo tiempo, muy considerado.

La cultura cataluño-aragonesa, en contacto incesante con Europa y con la España árabe-judía, contribuye eficazmente al desarrollo de la escolástica cristiana y culmina en su original Raimundo Lulio, que forma una escuela importante, absorbida más tarde por el tomismo. El pensamiento filosófico cataluño aragonés declina con la hegemonía política y literaria de Castilla.

La cultura castellana es esencialmente literaria y forja el idioma de la España moderna. Sus escritores morales, generalmente compiladores y traductores, carecen de interés filosófico y sólo representan un género didáctico dentro de la literatura. La historia y el derecho tienen ilustre representación. Su escolástica refleja, con algún atraso, el primer período de la europea.

La edad media española ciérrase con la supremacía de Castilla. Su cultura tórnase de más en más literaria, hasta el maravilloso «siglo de oro»; su teología se aferra más y más al dogmatismo católico. La monarquía teocrática, que culmina en Felipe II, proscribe toda especulación peligrosa y España queda ajena al Renacimiento científico y filosófico, según veremos en la próxima conferencia.

La cultura filosófica en la España teocrática

I. La España teocrática.—II. La tercera escolástica ó escolástica católica.—III. Tentativas renacentistas; erasmismo, reformismo y humanismo.—IV. El crepúsculo de la mentalidad española.—V. Sinopsis.